

Guillermo Brinck Pasvahl, Gran Maestro de la Neurología Chilena

Guillermo Brinck Pasvahl, the Great Master of Chilean Neurology

Walter Ledermann Dehnhardt¹

¹Centro de Estudios Humanistas Julio Prado.

Recibido: 18 de agosto 2025

Resumen

El autor recuerda al gran maestro de la neurología chilena el Profesor Guillermo Brinck, cuyas clases al lado del enfermo, empleando el método socrático eran en extremo didácticas y con quien sostenía agudos diálogos. Más tarde, en el Hospital Calvo Mackenna, completaría su formación en neurología con Mariano Latorre Blanco, primer neuropediatra chileno, fino observador clínico cuando no existían tomografía ni resonancia magnética, y también al neurocirujano Luciano Basauri, genio y figura en su especialidad, quien le enseñara dos principios básicos para la atención del paciente.

Palabras clave: Guillermo Brinck; Mariano Latorre; Luciano Basauri.

Abstract

The author remembers the Great Master of the Chilean Neurology, the Professor Guillermo Brinck, which lessons at the patient's side and using the Socratic method were extremely didactic and the sharp dialogues between the master and the pupil. Later, at the Calvo Mackenna Hospital he would meet Mariano Latorre Blanco, the first Chilean neuropediatrician, a fine clinical observer when tomography and magnetic resonance imaging did not exist, and also the neurosurgeon Luciano Basauri, genius and figure in this field, from whom he would learn two principles basics in patient care.

Keywords: Guillermo Brinck; Mariano Latorre; Luciano Basauri.

Entre los maestros notables que tuve la fortuna de conocer durante mi vida médica, desde que entré a estudiar medicina en 1956 hasta mi retiro del Calvo Mackenna en 2010, ocupa un lugar destacado el Profesor Guillermo Brinck Pasvahl, quien, si bien dictaba el curso de Neurología en quinto año, me enseñó más que todo a enfrentar al paciente con la anamnesis y el examen físico, reforzando y consolidando lo que había aprendido a mi paso por Semiología¹. Pocos maestros dejaron en mí una huella tan profunda; hago hoy este recuerdo de su método, modesto esfuerzo para mantener viva su memoria; disculpas pido por escribir en primera persona (autorreferente) pero no tengo manera de evitarlo.

En un folleto que me entregó la Escuela a mi ingreso en 1956, la Cátedra Titular de Neurología figuraba dirigida por el Profesor Hugo Lea Plaza, existiendo además dos Cátedras Extraordinarias, la del Profesor Brinck, “*secundado por el mismo personal y colaboradores que la Cátedra Titular y actuando en el mismo servicio que ésta*”,

y la del Profesor Enrique Uberall, en el Instituto de Neurocirugía, ocupando instalaciones, personal y equipos del Profesor Extraordinario Alfonso Asenjo. El Curso de Neurología comprendía 60 horas teóricas y 30 prácticas, desarrolladas de 18 a 20 horas los lunes y viernes, desde marzo a noviembre; no me parece que hubiese clases teóricas y clases prácticas, a todas las recuerdo iguales, al lado del enfermo, siguiendo a Jean-Martin Charcot (1825 - 1893) el francés Padre de la Neurología, Profesor de Anatomía Patológica, Titular de la Cátedra de Enfermedades del Sistema Nervioso, miembro de la *Académie de Médecine* y de la *Académie des Sciences*, cuyas sesiones clínicas en el *Hôpital de la Salpêtrière* de París fueron immortalizadas por Pierre-André Brouillet en su célebre cuadro *Una lección de histeria* en 1887, óleo sobre tela que reproduce una escena donde el médico realiza sugestiones hipnóticas a Blanche Wittmann, una de sus pacientes histéricas² (Figura 1).

Pero antes de seguir, veamos la historia de nuestro maestro.

El Profesor Brinck a través de internet

Una vez que han fallecido todas las personas que nos conocieron, las historias que se puedan contar sobre nosotros tienen la desventaja de hablar de un desconocido y contienen, por lo mismo, algunas gratuitas falsedades. Hecha esta consideración, confieso que toda la biografía del personaje la extraje de internet (Wikipedia y otros) y la verdad es que me da lata citarla, pues cualquiera puede obtenerla con un clic y, al fin y al cabo, los unos repiten a los otros casi sin variaciones^{3,4}.

Empiezo diciendo que dos años después de haber sido su alumno, merecidamente y no por soportarme, fue designado Profesor Titular de la Cátedra de Neurología, cargo que desempeñó entre 1963 y 1969. Ya había sido Presidente de la Sociedad de Neurología, Psiquiatría y Neurocirugía (SONEPSYN... ¡qué espantosa sigla!) en 1950; y luego, en 1973, se le otorgó el grado de Profesor Emérito de la Universidad de Chile, junto con don Ramón Valdivieso y Don Aníbal Ariztía, de quienes ya he hablado en artículos anteriores^{5,6}, para ser finalmente elegido Académico de Número de la Academia de Medicina en 1981. Hoy día, un conspicuo premio académico lleva su nombre: “el premio Medalla Dr. Guillermo Brinck Pasvahl –dice la SONEPSYN– es un reconocimiento a la excelencia en el ejercicio de la neurología, destinado a premiar un médico neurólogo chileno, miembro activo de nuestra Sociedad, que haya sobresalido en alguna de las áreas del ejercicio clínico, la labor académica o de investigación, políticas públicas relevantes, administración de nuestra Sociedad, difusión del conocimiento continuo de nuestra especialidad tanto a nivel nacional como fuera del país, contribuyendo a través de sus aportes y publicaciones al progreso, difusión y prestigio de la neurología chilena. El premio se diferencia del título de Maestro de la Neurología Chilena que entrega SONEPSYN cada cuatro años, en que el galardonado no requiere necesariamente haberse destacado como un formador integral de nuevas generaciones de neurólogos”⁷.

De origen sueco, su madre era la condesa alemana Margarita Pasvahl Morgenste; casado con María Antonieta Mizón, era padre de Patricio Brinck Mizón, a quien conociera yo en el Hospital Calvo Mackenna, como gran hepatólogo y hombre más bien retraído, con algo del humor ácido de su padre, gracia que aparecía en contadas ocasiones. Patricio tenía una gran habilidad para poner sobrenombres, como “tarro con piedras” a un verboso y tonante nefrólogo, que no dejaba hablar a nadie en las reuniones de Jefes de Unidades los días viernes en el Servicio de Pediatría que presidía Antonio Banfi. Parecía gustar de la soledad, rara vez hablaba con alguien y poco participaba en reunión clínica y cuando lo hacía solía soltar chistes venenosos:

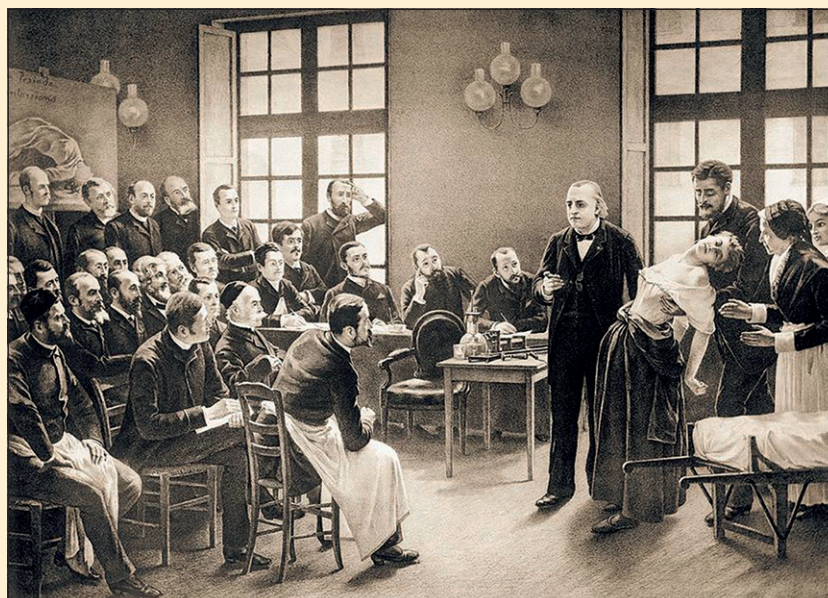


Figura 1. Clase de histeria de Charcot en la Salpêtrière.

--Trasladado el paciente a este hospital para su diagnóstico y tratamiento, el residente le repitió las pruebas hepáticas, seguramente para ganar tiempo...

Estando de vacaciones nos encontramos una vez en una librería céntrica y conversamos de literatura un buen rato. Al salir a la calle, me confesó que cuando se encontraba con un conocido fuera del nosocomio, “sentía como vergüenza” y se escondía, agregando:

--Lo que no me ha pasado contigo.

Nunca, sin embargo, quiso hablarme de su padre cuando le pregunté por él y le dije lo mucho que me había enseñado.

En cuanto al nieto del gran neurólogo, Guillermo Brinck Pinsent, Jefe de Carrera Antropología, Doctor en Etnología y Antropología Social, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, ha calificado a su abuelo de “enigmático”, en el prólogo de su Memoria: “A mi querido padre, Guillermo Brinck Mizón, que también se llevó la isla en su corazón y dejó el mío incompleto. A mi enigmático abuelo Guillermo Brinck Pasvahl, el primer isleño de la familia. A la Memé, que fue la primera en irse. Al Tata Paul y la Connie, que toman té a las cinco en punto por toda la eternidad”⁸. Pensándolo bien, pienso yo, Patricio en cierta manera era una isla... No lo digo como un defecto, pues más bien era una virtud.

El Profesor Brinck, Heine y el alma

En un comienzo la neurología y la psiquiatría eran una sola especialidad, siendo el primer profesor

de esta mezcla el Dr. Carlos Sazié Herrera, en el ya desaparecido Hospital San Vicente de Paul, hasta que en 1925 se separaron, quedando a cargo de la Cátedra de Neurología sucesivamente los doctores Hugo Lea Plaza y Guillermo Brinck Pasvahl, conocidos como los grandes maestros de nuestra Neurología. En 1952 se trasladó este Servicio de Neurología al recién inaugurado Hospital Dr. José Joaquín Aguirre, donde los conocí yo en 1960 (Figura 2).

Como ya dije, nuestro curso se dictaba en quinto año, en un horario horroroso; si para nosotros era heroico prestar atención tan avanzada la tarde después de un día ajetreado, más debe haberlo sido para nuestro sacrificado maestro. El auditorio de Neurología en el Hospital José Joaquín Aguirre era altísimo, un embudo que se iba estrechando hacia abajo en medio de una ominosa penumbra, para terminar en un ruedo donde el profesor, sentado a una mesita, nos mostraba un enfermo en camilla, por lo general paralítico y/o comatoso. Iniciada la clase hacía entrar el carro, miraba hacia la oscuridad de las alturas y, una de cada tres veces (me parecía a mí), gritaba:

--¡Ledamán!

La primera vez, bajando de mala gana, dije:

--Ledermann.

Haciendo caso omiso a la corrección, esta y las otras veces, me solicitaba que examinara al paciente, sin darme noticias sobre su historia clínica, para hacerme la cosa difícil. Empleaba, para la enseñanza de neurología, el método socrático del diálogo punzante, y si se divertía con mis respuestas, al mismo tiempo que parecía valorarlas.

Me acercaba dubitativo al cuerpo inmóvil y efectuaba una inspección visual. Entonces inquiría, con burlona voz rasposa:

--¿ Está vivo ? ¿O muerto ?... ¿ No sabe ? Hágale algo, háblele.

--¡Eh, caballero! – decía yo, remeciendo al pobre hombre.

--¡Ah, no contesta! – comentaba el profesor, sarcástico.- Háblele más fuerte.

Y yo gritaba, inútilmente, y desalentado concluía:

--No me oye.

--No importa, igual está presente. Examínelo.

Levantaba yo un brazo al comatoso y lo dejaba caer, diciendo:

--Sin tono muscular – y luego, pellizcándolo, agregaba: Sin sensibilidad.

Y así: piel tibbia, pulso débil, respiración superficial... Hasta que sacaba mi estetoscopio para auscultarlo, momento en que Brinck reía y exclamaba:

--¡Ya sacó su maquinita!

--Invención harto práctica de Laennec – osé decir una vez.



Figura 2. El antiguo hospital donde ejercía Guillermo Brinck.

--El pudibundo con las damas – se burlaba el maestro – que no osaba apoyar la mejilla en su espalda.

--No en la espalda, precisamente – observé y lo dejé mudo.

Este diálogo pleno de ironía era una tortura que divertía a mis compañeros, felices de estar entre el público y no en la escena. Pero, guiado por los chicotazos de Brinck, iba yo avanzando y llegando a conclusiones que él iba aprobando, hasta que, apremiado, soltaba mi pobre diagnóstico. Ya bien avanzado el curso, que duraba lo que me pareció un año larguísimo, comprendí que estaba satisfecho con mi progreso, que me encontraba acertado y cuánto le encantaba mi raciocinio, que yo, modestamente, estimaba pobre.

En una ocasión hube de enfrentarme a un adolescente de unos dieciséis años, consciente y perfectamente lúcido, en quien pude detectar una parálisis flácida bilateral y un tantico de rigidez de nuca, osando postular que tenía una “sección medular”. El profesor meneó la cabeza e inquirió:

--¿Espontánea? Pregúntele cómo empezó.

--Tuve fiebre, me dolía la garganta, me estallaba la cabeza...Estuve como una semana así y después me le vino “la parálisi” de a poquito a poco, hasta quedar pasmado – me contó el paciente.

--¿Será una enfermedad de Heine-Medin, Ledamán?— inquirió el maestro.- ¿Le suena Heine?

--Fue un gran poeta alemán –respondí.- Escribió *Gedichte*⁹.

--Yo hablo de Jakob Heine y Carl Oskar Medin, médicos alemanes que describieron la poliomielitis –me aclaró. – Vaya a la biblioteca e infórmese. Pero este enfermo tiene otra cosa. ¿Qué es?

--Un Guillaín Barré--aventuré-- porque fue subiendo desde los pies, parejito, parejito a ambos lados, poquito a poco hasta la cintura.

Me miró en silencio largo rato y luego dijo:

--Parejito, parejito, poquito a poco, se va a volver a su asiento, Ledamán; va a dejar de lado sus *Gedichte* y poner atención, hasta que aprenda el lenguaje médico.

Si uno quisiera buscar en la historia de la medicina alguna figura que comparar con Guillermo Brinck, ésa no podría ser sino Osler. *Probablemente* -- escribí una vez en un editorial - *la inmensa mayoría de los médicos chilenos nunca haya oído hablar de Osler. Sin embargo, sus enseñanzas nos llegan, matizadas, decantadas en el tiempo y a veces deformadas, en las conferencias de célebres profesores invitados o a través de las publicaciones de estos mismos maestros norteamericanos. En los países de habla inglesa su nombre sigue vigente casi cien años después de su muerte y sus certeros aforismos están a diario disponibles en Internet, porque podrán cambiar los programas de docencia médica, avanzar la ciencia y la técnica a pasos agigantados y los medios de comunicación actuales divulgar el conocimiento a increíble velocidad, pero el principio básico de Osler sigue inamovible y constituye el pilar fundamental de nuestra formación médica: la enseñanza al lado del enfermo, guiada por la figura casi extinguida del sabio mentor, de quien decía Shiga que era preciso "seguir el espíritu y no los pasos"; disciplina basada en la observación directa, el raciocinio y la acumulación de experiencia, lo que en el lenguaje diario solemos llamar "la clínica". En palabras de Osler, el arte de la práctica de la medicina se aprende sólo por experiencia; no se hereda ni puede ser revelado... Aprende a ver, aprende a escuchar, aprende a sentir, aprende a oler, y sabrás que sólo practicando puedes llegar a ser un experto, porque la medicina se aprende al lado de la cama del enfermo y no en la sala de clases...*¹⁰.

Mariano Latorre Blanco, primer neuropediatra de Chile.

Al año siguiente, en octubre de 1961, ya en sexto y cursando Pediatría, otro maestro de la neurología, Mariano Latorre, me enseñaría la diferencia entre la poliomielitis y el Guillaín Barré, pasando por la meningitis piógena y dejándome clara la cosa. En su clase de poliomielitis del 31 de agosto de 1961 me aclaró la cosa así:

El Guillaín-Barré, en la fase en que muestra signos meníngeos, es preciso detectarlo haciendo tres cosas. Primero haga que el paciente se siente y verá que tiene la columna rígida, por lo cual flexiona las piernas y hace el trípode con las manos... (What?

Un poco más, me digo, y tenemos algún teorema

de Euclides). En segundo lugar haga que se toque las rodillas con la cabeza y verá lo mucho que le cuesta (ahora que soy adulto muy mayor me cuesta muchísimo y sin necesidad de Guillaín-Barré). Por último, busque el signo del badajo, consistente en que alzar al enfermo, a éste se le cae la cabeza, pese a tener rigidez de nuca (¡qué pena saberlo tan tarde... cómo me habría lucido cuando Brinck me ordenaba "hágale algo" !).

Si bien Brinck me dejó una huella imborrable con su "enseñanza de choque", Latorre era también un hombre sabio, pero más amable y plácido; excelente observador y gran semiólogo, en una época en que prácticamente no había imágenes que ayudaran a la clínica, nos hacía examinar la marcha del paciente cuando era posible y, cuando no lo era, centrarse en sus movimientos espontáneos y no perder detalle de sus gestos. Recuerdo su clase de meningitis piógena, el once de septiembre de 1961 (tengo mis apuntes de entonces), cuando nos dijo:

--Al buscar el Kornig y el Brudzinski, el niño pone "cara de espanto", acusando el dolor; sin hacer la respuesta típica.

Años más tarde, durante una anamnesis y hablando de los síntomas, la madre del niño me recalcó que "tenía carita de susto"; homologándola a la frase del maestro, la utilicé en una diapositiva durante una conferencia. Eran tiempos en que la meningitis bacteriana constituía una atroz amenaza, cuando el tratamiento de elección era la combinación de penicilina y sulfadiazina para el neumococo, cloranfenicol y sulfadiazina para el *Haemophilus* y penicilina contra el meningococo, esta amenaza nos llevaría a tomar una sucesión de medidas, la primera de ellas ingresar todos los enfermos a la Unidad de Infecciosos para seguir allí con un protocolo que se actualizaba periódicamente. Mucho conseguimos así, pero la solución tardaría mucho en llegar, primero con la ceftriaxona y luego con las vacunas.

En un obituario del doctor Francisco Mena, quien lo sucedería a su muerte, hay un sentido retrato de don Mariano, del cual rescato algunos párrafos:

"El doctor Latorre era hijo del famoso escritor costumbrista Mariano Latorre Court y de doña Virginia Blanco, una señora encantadora, alta y delgada, a quien recuerdo vestida de negro y que me traía a la memoria los personajes femeninos de García Lorca. Fue un discípulo predilecto del Profesor Aníbal Ariztía, quien lo envió en 1944 con una beca con el profesor Douglas Buchanan, Universidad de Chicago, a estudiar la naciente especialidad de neuropediatría. En una carta privada a Ariztía, Buchanan le diría que Latorre era el alumno más brillante que había tenido y que

*le hubiera gustado conservarlo como su ayudante, carta que Don Anibal sólo le mostraría cuarenta años más tarde, cuando ya Latorre no estaba en el hospital. ¿Quiso evitar que se envaneciera? Conociendo a Mariano, estoy seguro que no hubiera sido así”*¹¹.

Por mi parte, debo recordar su sacrificio al hacerse cargo del Servicio de Pediatría cuando Jorge Howard se trasladó a Brasilia en 1972, dando inicio un largo cónclave para elegir su sucesor, quien resultó ser el profesor José Zacarías; sacrificio, digo, porque era un cargo difícil: había demasiados señores feudales que someter. Y también que, como Francisco Mena, publiqué una nota necrológica, titulada *Mariano Latorre ha muerto en primavera*, pero en *Danielillo*, página en verso que se fijaba los días lunes en el tablero del Servicio de Pediatría y que en casi doce años alcanzaría a 416 números:

*Se fue de pronto el profesor Latorre
mientras cantaban las aves en el parque
y un aroma suave perfumaba el aire.
Hoy... ¿quién conoce los hechos de los
que hicieron del Calvo nuestro un nosocomio
abriendo sendas y dejando huellas?
Mariano Latorre fue un maestro
en toda la extensión de la palabra.
Sentado a la vera del enfermo
tranquilo cavilaba... Parecía
estar en el banquillo de la ciencia.
Luego extraía a golpes de martillo
secretos que escondía algún reflejo.*

Luciano Basauri Tochetton, “top one” de los neurocirujanos

Los neurocirujanos que solían aparecer por el Calvo Mackenna a auxiliarnos no eran, por lo general, muy simpáticos. Se burlaban de una neurología que estimaban puramente contemplativa, diciendo que “*los neurólogos infantiles se quedaron en el Babinski*”. Su líder era el profesor Luciano Basauri, hombre gigantesco y desenfadado, que empleaba un lenguaje descarnado y se imponía por presencia. Sus anécdotas eran infinitas y sus conferencias deslumbrantes: en una de ellas, sobre trauma cerebral, utilizó dos proyectoras en paralelo, y mientras en una mostraba el auto en que había chocado de frente el paciente, hundido, con los focos colgando, el parachoques descalabrado, el capó levantado, etc. en la otra veíamos en la tomografía cerebral, cuando esta maravilla era ya de uso común, la masa encefálica hecha pebre y los ojos fuera de las órbitas, imágenes que decían más que toda la clase. Cuando el Colegio Médico atacó al boxeo por las lesiones que producía y recomendó a los médicos restarse

a atender a los púgiles durante el combate, Basauri criticó esta recomendación, diciendo que era “*un deporte viril, cosa difícil de entender para muchos*”. De él aprendí dos cosas, que comento en verso más adelante.

En septiembre de 1985 Luciano Basauri Tochetton se retiró “en forma involuntaria”, según sus palabras. *The Calvimackenn Journal of Infectious Chacharalata*, publicación de circulación interna en el Hospital Luis Calvo Mackenna, verdadero barómetro que medía y a veces hacía variar el clima nosocomial, comentó esta renuncia en el Editorial en los siguientes términos:

Un acto involuntario. Lucien V. Sauris se ha ido del Institut de Nevrochirurgie y nos escribe diciéndonos que ha renunciado en forma involuntaria, como quien dice sin querer y casi sin darse cuenta. ¿Cómo se puede renunciar así? Si usted, en una alegre celebración va a servir vino a su hermosa vecina de mesa, le viene un tic y le echa el tinto por el escote, ha cometido un acto involuntario. Pero... ¿una renuncia? Debe ser un error semántico. ¿Cómo podría irse V. Sauris?

*Recordamos sus primeras visitas, aquel lluvioso año en que se cortaron las comunicaciones y hacíamos punciones evacuadoras, a la espera de que viniese a poner válvulas derivativas envuelto en su capa de búfalo azul. Y después, cuando venía a dar una charla en el auditorio y se sentaba con el mayor desenfado sobre la mesa, explicando con soltura cómo se instalaban “los desagües del último piso”. Se rumoreaba que en verano visitaba la UTI en shorts y, ya en la puerta, se volvía para decir: --Háganle un RISA y una TAC de medio lado, a ver si se le pone una V-A... por cosmética. Separar a Lucien V. Sauris de su cargo en el Institut ha sido un error, suponemos que involuntario. Pero, en cuanto a jefaturas, él no tiene por qué preocuparse: acá o allá, de blanco o de azul, siempre será “top one”*¹².

Basauri continuó su brillante carrera en la Clínica Las Condes hasta su fallecimiento el 2001, ocasión en la cual dijeron sus colegas de la Clínica:

*“Luciano tenía múltiples intereses. Caminante, escalador, golfista, pescador, esquiador, vulcanólogo amateur, observador de los pájaros y de las estrellas, viajero incansable, lector, amante del cine y del jazz, ... pero su mayor amor era su familia y compartir esas aficiones con su querida Nelly, con sus hijos Cristián y Rodrigo, y con sus nietos. Era un gran conversador, siempre tenía una anécdota que contar, la que solía reflejar su fino humor y su profunda comprensión de las personas, cualidad que le permitía lograr una relación muy especial y apreciada con sus pacientes”*¹³.

Por su parte, su colega Sergio Valenzuela escribe: *El pasado 5 de febrero de 2008, durante el verano chileno, falleció el Profesor Luciano Basauri después de una larga enfermedad con la cual luchó, como han hecho muchos otros, y perdió. Murió a su muy personal manera, sabiendo siempre que estaba yendo hacia el último minuto, enfrentándolo cara a cara y bravamente. Un gran hombre ha muerto, un gran neurocirujano se ha ido, un gran maestro nos ha dejado y un buen amigo ya no está con nosotros*¹⁴.

Dos enseñanzas me dejó Basauri y a su muerte las puse en verso el 17 de marzo de 2008, bajo el título *Luciano Basauri se marchó en febrero*:

*El médico habrá de tener siempre—nos decía—
doctores colegiados, la cabeza fría.
Si pierden ustedes la calma...¿ qué le queda
al pobre enfermo y luego a su vital familia ?
El pulso firme y el ojo atento hacen destreza.*

*No ha de fijarse en gastos cuando atiende
nunca omitir examen necesario
algún bolsillo hará el gasto monetario
o una campaña nacional hecha en la tele:
concéntrese, doctor, en su mejor trabajo.*

Distinguido como Miembro Honorario por la Sociedad Chilena de Neurocirugía y ganador de la Medalla... Basauri participó en numerosas investigaciones, entre ellas un estudio, llevado a cabo por el Instituto Nacional de Salud Mental de Estados Unidos, utilizando escáneres para estudiar el desarrollo de la corteza cerebral en 307 niños, a raíz el cual declaró a la radio BBC Mundo: *“no se debe asumir que la masa de la corteza es el único factor que influye en la inteligencia; el entrenamiento precoz también tiene mucho que ver en el desarrollo del cerebro, así que no hay una sola causa-efecto de la inteligencia. El estímulo precoz y la interacción del medio ambiente son fundamentales en el desarrollo del cerebro y la prueba está en los países que tienen un buen sistema de educación diferenciada y entrenamiento cerebral, donde los promedios de CI son mayores que donde existe un sistema de educación indiferenciada”*¹⁵.

Mi último diálogo con el Gran Maestro

Retornando a Brinck, este de las *Geditche* sería mi último fracaso, pues le hice caso, puse atención y mi última salida a escenario fue perfecta, no usé la maquinita, no requerí de acicates para “hacerle algo”, pero... exaltado por lo que estimaba mi triunfo, me excedí y, a la pregunta de si estaba viva o muerta la paciente, dije:

--Muerta no está; viva, sólo en parte, pues no tiene conciencia y su alma está lejos.

--¡Ah, el alma! — exclamó.

Eso fue todo. No hizo el comentario final, redondeando el caso, y se quedó absorto sentado con los codos en la mesa.

Al pasar por su lado, siendo la última clase, quise despedirme, quizás agradecerle su enseñanza en el abordaje del paciente y en las sutilezas del examen físico, materias en que los neurólogos de entonces se lucían al no existir tomografías ni resonancias, pero él habló primero:

--¿ Dónde reside el alma, Ledamán, si es que la tenemos ? ¿En el corazón?

--En el hemisferio izquierdo —respondí, para demostrarle que algo había aprendido. Y como ya me iba y nadie nos escuchaba, agregué:

--Junto a las *Gedichte*.

No respondió. Y creo que en ese momento fue cuando aprobé el ramo. Parece un final feliz, pero la memoria es falaz y, buscando y buscando entre los papeles milenarios de mi biblioteca, encontré dos cosas: una, mi certificado de aprobación con unos modestos 16 puntos de 21 posibles, demostrando que el maestro no apreciaba mucho mis conocimientos, y dos, un escrito mío confesando que había faltado al ¡cincuenta por ciento! de las clases de Neurología... Supongo que me refería a las teóricas, que hacían mayoritariamente sus ayudantes, pero, lo mismo da: ¿cómo podía esperar a más?

Han pasado desde entonces muchos años; yo era muy joven; ahora pienso que quizás lo que pretendía el Maestro Brinck con sus clases era despertar nuestro intelecto y así también nuestras almas.

Post scriptum

¿Y quiénes fueron los Heine y el doctor Medin? Tardíamente cumplo con el encargo del Gran maestro y voy a la biblioteca virtual, para encontrarme con que la pareja Heine y Medin que ganó el crédito por describir la poliomielitis nunca existió, pues los dos investigadores eran de edades harto disímiles, nunca trabajaron juntos y es posible que no llegaran a conocerse.

Jakob Heine, un ortopedista alemán nacido el 18 de abril de 1800, describió la poliomielitis en la segunda edición de su obra capital “Observaciones sobre los estados paralíticos de las extremidades inferiores y su tratamiento” publicada en 1860, donde la describe como “parálisis infantil espinal”. Se retiró en 1865 y falleció el 12 de noviembre de 1879¹⁶.

Por su parte, Carl Oskar Medin fue un pediatra sueco nacido el 14 de agosto de 1847, de manera que apenas

tenía trece años de edad cuando Heine describió la polio y mal pudo haber trabajado con éste; otrosí, al momento de titularse en 1880 con su tesis *Meningitis cerebrospinalis epidemica infantum*, el sabio alemán estaba retirado. ¿Cuál fue el mérito del sueco? Para nosotros tiene un valor doble, primero porque se dedicaba a las enfermedades infecciosas (infectólogo antes que la especialidad existiera); y segundo, porque describió su carácter epidémico. Falleció en vísperas de navidad el año 1947¹⁷.

¿Y Hinrich Heine? Escuetamente la wiki dice: Christian Johann Heinrich Heine fue uno de los más destacados poetas y ensayistas alemanes del siglo XIX, considerado el último poeta del Romanticismo y al mismo tiempo su enterrador. Heine conjura el mundo romántico —y todas las figuras e imágenes de su repertorio— para destruirlo. En vez de repetir estos comentarios archiconocidos, prefiero citar algunos versos suyos:

Decidme, yo os lo suplico:

¿Qué es el hombre, de dónde vine, adónde va su camino?

*¿Qué habita en el alto cielo tras los astros encendidos?
El mar su canción eterna murmura, triste y dormido;
sopla el viento, huyen las nubes,
los astros en el vacío fulguran indiferentes con sus
resplandores fríos;
y un demente una respuesta espera un tanto intranquilo*¹⁸.

¿Qué me habría dicho don Guillermo si le hubiese salido con esto?

Referencias bibliográficas

- 1.- Ledermann W. Encuentros con maestros notables. En busca de editor.
- 2.- Palacios Sánchez. Jean Martin Charcot, Padre de la Neurología Moderna. Acta Neurol Colomb 2021; 37(3) Online version ISSN 2422-4022.
- 3.- Facultad de Medicina, Universidad de Chile. Profesores eméritos 1975-1973. <https://medicina.uchile.cl/facultad/historia/premios-y-distinciones/profesores-emeritos-1975-1973>
- 4.- Geni. Guillermo Brinck Pasvahl <https://www.geni.com/people/Guillermo-Brinck-Pasvahl/6000000016700737127>
- 5.- Ledermann W. Ramón Valdivieso me toma examen con Hipócrates. Rev Chilena Infectol 2023; 40 (5): 573-575.
- 6.- Ledermann W. Don Aníbal Ariztía, Pelusa y yo. El Estetoscopio, Sochipe 2022; 124: 122-124.
- 7.- SONEPSYN. Reglamento del Premio Medalla Guillermo Brinck Pasvahl. <https://www.sonepsyn.cl/web/sitio.php?id=5071>
- 8.- Brinck Pinset, G. “Mi enigmático abuelo” En: Plástico-Endémico, Identidad y aislamiento en el Archipiélago de Juan Fernández. Etnografía de las islas Robinson Crusoe y Marinero Alejandro Selkirk. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Santiago 2005; p. 2. <https://bibliotecadigital.academia.cl/xmlui/bitstream/handle/123456789/730/tant36.pdf?sequence=1>
- 9.- Heine, H. Gedichte (Poesías). *Gedichte-Auswahl. Antología poética*. Edición bilingüe. Introducción y traducción Berit Balzer. Madrid, Ediciones de la Torre, 1995.
- 10.- Ledermann, W. Aquanimitas. Rev Chil Pediatr 2007; 78 (5). <http://dx.doi.org/10.4067/S0370-41062007000500001>
- 11.- Mena F. El Dr. Mariano Latorre Blanco. Revista Chilena de Epilepsia. <https://www.yumpu.com/es/document/view/14348396/el-dr-mariano-latorre-blanco-revista-chilena-de-epilepsia>
- 12.- Leatherman, Will. Un acto involuntario. Editorial. The Calvimackenn Journal of Infectious Chacharalata 1985; XI (36): 3-4.
- 13.- Sus colegas y amigos de Clínica Las Condes. Recordando al Dr. Luciano Basauri Tochetton. Rev Medica Clin Condes 2008; 19 (2): 129. https://www.clinicalascondes.cl/Dev_CLC/media/Imagenes/PDF%20revista%20m%C3%A9dica/2008/2%20mayo/BASAURI-3.pdf
- 14.- Valenzuela S. Prof. Dr. Luciano Basauri, M.D. (1932-2008). ISP President 1980-1981. Childs Nerv Syst 2008; 24: 883-4. doi: 10.1007/s00381-008-0643-3.
- 15.- BBC Mundo Ciencia. Lo que hace al ser inteligente. <https://www.intramed.net/contenido.asp?contenido=39972>
- 16.- https://es.wikipedia.org/wiki/Jakob_Heine
- 17.- https://es.wikipedia.org/wiki/Karl_Oskar_Medin
- 18.- <https://www.zendalibros.com/5-poemas-de-heinrich-heine/>